



REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.....	» 5	Provincias: trimestre.....	» 3	Extraordinario.....	» 0,50

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

ANARQUÍA



Estamos en pleno anarquismo. Las ideas de destruir y extinguir todo lo que ha costado tantos años de trabajo y de esfuerzos de la inteligencia, han tomado un vuelo, que si Dios no lo remedia, y los Gobiernos no se apresuran á refrenarlas, concluirán por ser una amarga realidad. Cuando parece calma da la sed de aniquilamiento, cuando pasa algún tiempo sin noticias de haber estallado en cualquier parte del Globo, media docena de bombas de dinamita, y empieza á renacer la confianza de que la nube habrá sido pasajera, nuevos desastres evidencian que el germen existe, y que no arrancándole de raíz, ha de fructificar y dar al traste con la sociedad moderna.

Estas son las exclamaciones de los que se ocupan de tan pavorosa cuestión social: pero nosotros, que no miramos tan alto, que no queremos investigar cuáles sean las causas que contribuyan al desarrollo de esa anarquía, la encontramos, sin embargo, en todo lo que hace relación á nuestras corridas de toros. El desorden que imprime aquella idea, y más aún, el anarquismo puesto en práctica, se refleja en política, en administración, en letras, artes y costumbres; que anarquista es quien por ambición personal sacrifica la fortuna de un pueblo en pro de los intereses de un partido; anarquista el que sin dinamita destruye monumentos ú obras de adorno por mero capricho, y sin beneficio de los intereses públicos; y anarquista el innovador, que sin hacer ni producir nada nuevo, quiere enmendar lo que de bueno existe.

Pues si en asuntos tan principales se refleja tan fatal idea, ¿cómo no ha de experimentar sus consecuencias la fiesta nacional, que tan íntimamente encarna en las costumbres del pueblo español? Claro es que las corridas de toros no pueden concluir de golpe y porrazo, como se derrumba un edificio de cal y canto; pero los anarquistas que en su extinción se ocupan, procurarán, y han empezado ya á procurarlo, que poco á poco vaya perdiendo su carácter, apagando el entusiasmo que producen; y entonces, cuando eso acontezca, creerán fácil que concluyan para no volver más, como pasaron los torneos, los juegos de cañas y otros ejercicios en que el valor y la inteligencia se ponían de manifiesto.

Es, por desgracia, muy cierto, que desde hace unos cuantos años, la anarquía impera en las Plazas de Toros. No hay en ellas quien mande, ni quien dirija la lidia: los reglamentos, buenos ó malos, son letra muerta que nunca tienen presente las autoridades, ni las Empresas, ni los toreros. A los ganaderos, con tal de cobrar más precio del que buenamente valen las reses destinadas al redondel, tanto se les da que las encierran para abrir y cerrar plaza demostrando su antigüedad, como que las colocan en cualquier término: no les importa que, una vez en el ruedo, corran de un lado á otro, antes de ver los caballos, llamadas por los capotes que las recortan hasta destroncarlas: nadie se cuida de examinar las puyas, que ya pasaron aquellos

tiempos en que los ganaderos formulaban con energía sus protestas hasta conseguir que fuesen atendidas.

¿Este desorden, no es anarquía?

Era común, á mediados de este siglo y mucho antes, que los dueños de vacadas, cuando no podían presenciar la lidia de sus toros, autorizasen á persona entendida que los representase ante la autoridad, para que no se cometiesen abusos en las Plazas donde se corrían, y más de una multa fué exigida á virtud de las reclamaciones: pero ahora envían las reses por el correo y sin franqueo á disposición de las Empresas; éstas hacen con ellas lo que mejor les parece, hasta sacar puntas á las que son mogones, y como hemos dicho antes, con tal de asegurar el pago del importe, hagan con ellas las mayores atrocidades.

¿Puede darse mayor anarquía?

Y si de lo tocante á ganaderos pasamos á los lidiadores, la anarquía es mayor y más pronunciada. Rara vez el director de Plaza ordena la ejecución de las suertes. Van á éstas los picadores como y cuando quieren, por el camino más largo; montan jacos que no tienen de tales más que el nombre; dejan que los lloven los monos sabios como al que llevan á ahorcar, y éstos los colocan ó esquivan la suerte á su gusto, como si los jinetes fuesen sacos de paja montados en clavileños; pinchan, si pueden, donde saben hacer daño, y nadie reprende esto, ni multa al contratista, ni envía al callejón ó á la cárcel á los monos que tanto estorban en el ruedo.

¿No es inconcebible tal anarquía?

¿La gente de á pie! ¿De cuándo acá la es permitido correr un toro sin orden del jefe del redondel? ¿Qué jefes son esos que no hacen retirar al estribo de la barrera, al peón que lleva las reses por camino inverso del en que los picadores están situados? ¿Por qué se permite á esos hombres cortar la salida natural del toro con capotazos á media vuelta, que dejan unos y toman otros, sin que el espada lo impida ni la autoridad lo castigue? ¿Qué razón hay para que una vez dada la señal de banderillas, queden en el ruedo más de dos peones, y para que se de el aburrido espectáculo de que el clavar un par de rehiletos, cueste cincuenta pares de capotazos y carreras?

¿Puede tolerarse tan extremada anarquía?

Los espadas la consienten y la autorizan, porque, ó no comprenden sus deberes y atribuciones, en cuyo caso son unos ignorantes, ó si los saben, son demasiado débiles de carácter, y entonces no sirven para jefes. Pero no; no es eso. Saben más de gramática parda de la que debieran saber; es que hay algunos que lo toleran y consienten por miedo, no á los peones, á las reses, y que no ignoran que una vez destroncadas y rendidas éstas por el cansancio, han de llegar á la muerte sin facultades, y como éstas no son precisas, antes bien perjudican para el volapié ó paso de banderillas—que es el moderno modo de matar—de ahí la razón de que consientan los abusos, y el barullo, y las capeas desordenadas.

¿Hay paciencia para consentir esa anarquía?

No es lo mismo matar toros aplomados como postes, que esperar con valor á los que se vienen. Tienen que consentir aquel escandaloso mareo, porque sin él dura-

rían los toros con vida más que Matusalém, y de esto les salva el ir y venir de unos, los saltos y brinco de otros, los recortes de aquél, la percalina en el suelo, el amparo de los caballos muertos, los pinchazos en los ojos y ¡hasta la puntilla desde las tablas!

¿No es este el colmo de la más desvergonzada anarquía?

La ira enrojece el rostro, cuando vemos que la vergüenza no altera el color de la tez de semejantes anarquistas. ¡Qué cinismo!

Hay que concluir de una vez con tal estado de cosas: el remedio urge, que la enfermedad progresa; y si para curarla hay que hacer alguna amputación, porque asoma la gangrena, nada de contemplaciones puesto que el mal es contagioso, y el hálito emponzoñado inficiona á cuantos le aspiran. No hay que fiarse en lúcidos intervalos, que también las luces que se apagan despiden brillantes destellos al espirar; precisa multar, se multa; debe encarcelarse al anarquista que se entromete á desempeñar funciones que no son de su incumbencia, pues se le encarcela, que el arte vale más que los hombres, y los hombres pasan y el arte debe quedar.

A gran decadencia le han traído los que anárquicamente le tratan en el día, tal vez por ignorancia, ya que no por mala fe; pero más tarde ó más temprano, ya volverá á su pasado esplendor, que no se anulan en diez años costumbres arraigadas desde hace más de diez siglos, ni siempre está el diablo tras de la puerta.

Para que el daño cause los menos estragos posibles, pedimos el concurso de los buenos aficionados, y á los Presidentes energía, mucha energía, y justicia seca, aplicada con rigor.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

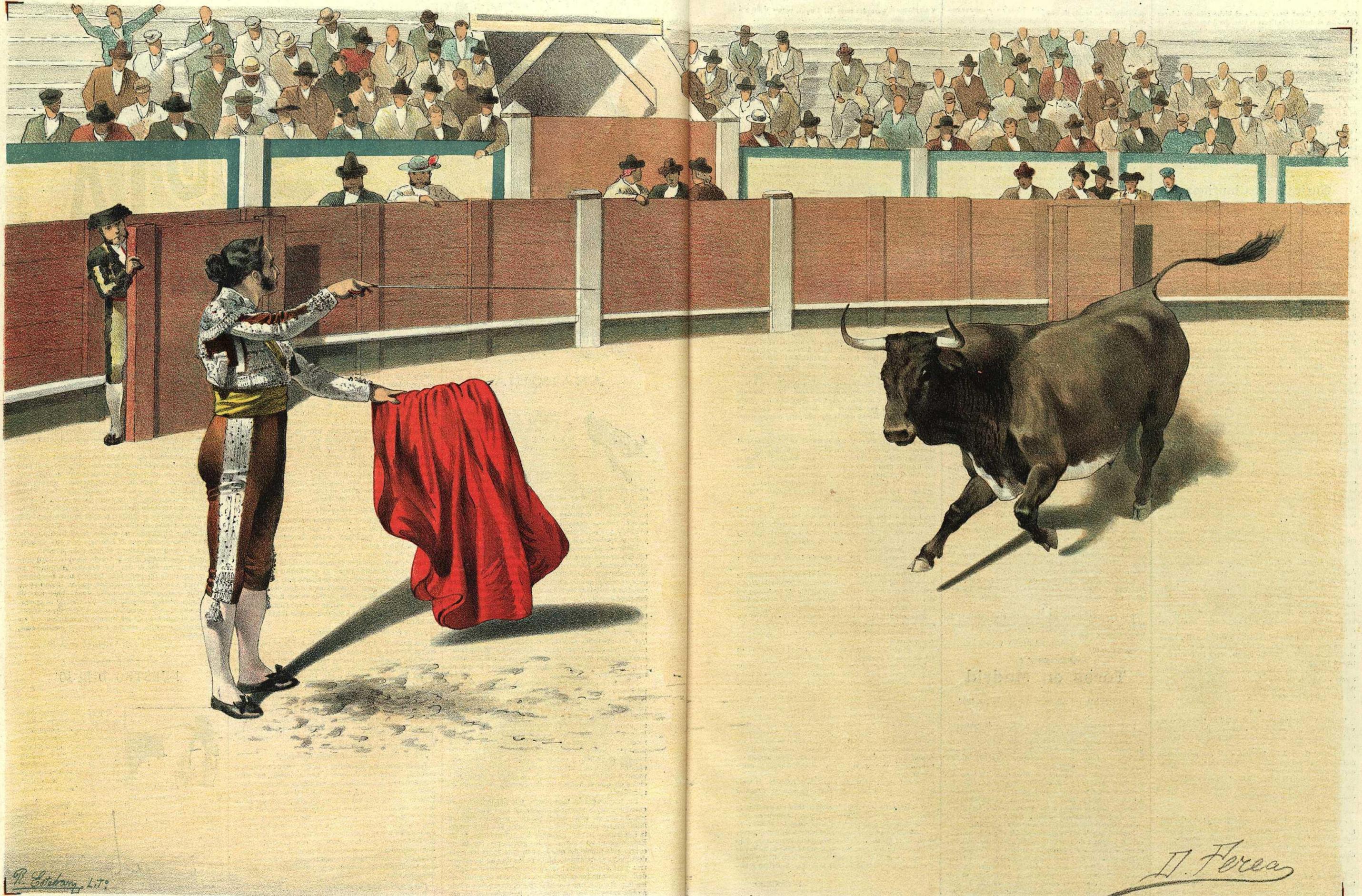
NUESTRO DIBUJO



Estocada de recurso es, como la misma palabra lo indica, aquella que emplea el matador cuando las especiales condiciones del toro le imposibilitan de darle muerte por cualquiera de los procedimientos consignados para la consumación de la última suerte, en circunstancias ordinarias y con arreglo á las exigencias del arte.

Varias son las que pueden comprenderse bajo esta denominación, tales como la estocada á la media vuelta, al reuvelo de un capote, al encuentro, etc., y que llegan á hacerse necesarias siempre que las reses se resisten á tomar la muleta, bien por sus torcidas inclinaciones ó bien por algún defecto físico que contribuye á alterar el acostumbrado transcurso de la lidia. Claro es que tratándose de lograr un resultado inmediato y decisivo, difícil de conseguir por los medios usuales, no pueden sujetarse á reglas fijas ni asimilarse á otras, cuya ejecución tiene ya sus tiempos marcados.

Hay, sin embargo, entre ellas una que, sin dejar de ser de recurso igualmente, parece destinada á más concretos casos, y ha merecido indicación más detenida de los maestros en tauromaquia. Practicada con los toros burriciegos y levan-



P. Estabany Lit.

Estab. Tipolitográfico

Estocada (recurso).

J. Forca

de J. Palacios, Arsenal, 27.

tados. En el primer caso, cuando el bicho sólo ve á larga distancia, el matador le llama la atención desde lejos con el trapo hasta hacerle arrancar en su dirección; se prepara, le espera, y al llegar á su jurisdicción y dar la cabezada, clava el estoque lo más acertadamente que la violencia de la carrera se lo permite. El mismo sistema se adopta para el segundo caso, pues aunque el animal no adolezca de defecto en la vista, la poca frecuente circunstancia de que llegue levantado al último tercio, es grave inconveniente para torearle de cerca, y mayor obstáculo para herirle con precisión.

A la suerte descrita, conocida indistintamente por *estocada á la carrera ó á toro levantado*, aunque en nuestro sentir hallan perfecta aplicación los dos términos á los dos aspectos de ella, se contrae principalmente nuestro dibujo de hoy; optando por la calificación de *estocada de recurso*, porque el fin que persigue el diestro al emplearla, la coloca dentro del género referido.

M. DEL T.

Curiosidades taurinas.

CARTA Á LOS SRES. D. FEDERICO MINGUEZ Y D. J. ADÁN BERNED.

Mis queridos amigos y compañeros: Llego ya tarde para celebrar los primeros, bizarrías, ingeniosidades y chistes en que abunda vuestro libro, titulado *Curiosidades taurinas*, pues á estas horas lo conocen muy bien y han saboreado sus páginas, los más conspicuos aficionados á las corridas de toros y á las bellas letras.

Y no incluyo á humo de pajas á los devotos de la literatura entre los lectores de vuestro libro, pues no habrá quien se precie de tal, que no haya leído con deleite las brillantes poesías llenas de vida y colorido que en aquél figuran, y las anécdotas chispeantes, revestidas por vosotros con hermoso ropaje literario, sin hacerles perder su calor y espontaneidad, que retratan al vuelo á diestros, aficionados y ganaderos.

Gloton de vuestro exquisito y bien sazonado manjar, declaro que le devoré de una asentada, encontrándole únicamente el defecto, de ser pocas las 268 páginas de texto que el volumen contiene; pero en su cubierta, y por bajo de vuestros ilustres nombres, vi escritas las palabras *primera serie*, lo cual me hace concebir la halagüeña esperanza de que daréis á luz muy en breve la *segunda*, dado el colosal éxito obtenido por la que acabáis de publicar.

Para cuando llegue este caso, ahí van en esqueleto algunas frases, á mi parecer felices, de Rafael, de Salvador y de algún otro diestro, por si las estimáis dignas de figurar en la futura obra, amenizadas, por supuesto, con toques y rasgos de vuestro agudo ingenio.

**

Había pasado Rafael una tarde de las de Cain para acabar con uno de esos toros que, como el dice, no los quiere ver ni en *er mapa*, y por la noche se hallaba en su casa conversando con varios amigos, los cuales hacían girar la conversación sobre lo deslucida é inmotivada que había sido la brega del maestro. Amoscado éste con tan larga discusión, la cortó diciendo:

—*Gueno*, pues vamos á dejar eso, que el toro ya está muerto *pa sécula sin fin*, y yo estoy aquí *sentao, mu serrano*.

**

En las corridas de feria celebradas en Bilbao el mes de Agosto de 1890, trabajó Lagartijo con gran fortuna, y después de la segunda corrida en que había dado muerte á un toro del Duque de Veragua de un modo magistral, fuimos mi amigo Vicente Andrés y yo á felicitarle. Hallamos al maestro acabando de comer, acompañado de su cuadrilla; nos invitó con su acostumbrada galantería á tomar café, y hablando luego de contratas y de empresarios, hubo de decirle Vicente:

—Tú, lo que debías haber hecho, y todavía podías hacer, si quisieras, es una excursión por América, que te produciría mucha gloria y mucho dinero, pero no te atrevas á pasarte por agua.

—No creas tú eso,—respondió Rafael;—á mí lo que me cuesta trabajo, es moverme de mi casa; pero teniendo que salir una vara fuera de Córdoba, voy yo, no digo á América, sino aunque sea hasta Roma.

**

Toreaba Currito con gran prudencia á un toro que se volvía mucho, y al meterle *de huida* un sablazo, alargó el bicho el pescuezo y le deshizo la cordonadura de la chaquetilla.

Al volver Curro á las barreras, y oír que le chillaban, diciéndole que por qué no se arrimaba, exclamó dirigiéndose á la gente del tendido:

—¡Tendrán sombra estos *aficionaos!* ¡Pues no quieren que me arrime más todavía, y me ha sacado el toro con un cuerno los alamares de la chaqueta?

**

—Desengáñate,—le decía á Lagartijo un admirador, amigo y paisano suyo;—en nuestra tierra no ha habido más hombres célebres que dos: tú y Gonzalo de Córdoba.

—No, que *semos* tres;—repuso Rafael.—¿Pues dónde te dejas al Gran Capitán?

**

Llevó Salvador un año á picar en las corridas de San Sebastián á Gregorio Cortés (el Naranjero), muchacho valiente y que se aprieta con los toros; pero salió uno de gran poder que trata de cabeza á los jinetes, y Gregorio andaba muy perezoso para tentarle.

Estaba Salvador preparado para el quite, y con el deseo

que siempre ha tenido de que en la Plaza no se reserve nadie y todos cumplan con su obligación, no cesaba de decir: —¡Vamos, Gregorio, pronto, vamos allá, duro ahí!...

Molestado el piquero por tan insistente apremio, y ante la perspectiva de la segura costalada que le esperaba, contestó con vehemencia á Salvador:

—¡Ya voy, hombre, ya voy! ¡Pues no tiene usted poca prisa! ¡Parece que me va usted á convidar á Lhardy!

**

Cenaba una noche Lagartijo en casa del eminente Doctor D. Guillermo Tinker, gran entusiasta del maestro, y encomiando aquél la habilidad de éste para bregar con los toros, defendiéndose siempre de las cogidas, dijo con gracia Rafael: —Ahora, doctor, no me cogen los toros; pero en mis diez primeros años de torero, estaba más tiempo en el aire que en el suelo.

**

Al terminar la lidia de los toros de D. Felipe de Pablo Romero, jugados en la cuarta corrida de abono de la actual temporada, y que hicieron quedar tan malamente á Lagartijo y el *Espartero*, decía el gran Califa, queriendo justificar el *asco* que tomó á las reses:

—*Tuvia* que ver, que después de treinta y cuatro años de torero, fuera yo á entregarme á unos *güeyes* que querían coger á Dios.

**

El primer año en que se celebraron corridas de toros en París, fueron allí, como es sabido, casi todos los matadores de alternativa. Almorzando en un hotel el mismo día de la llegada la gente que iba al servicio de Fernando Gómez (el Gallo), sirvieron un plato de carne apenas pasada por la parrilla, lo cual hizo que el mozo de estoques se dirigiera al camarero en estos términos.

—Oiga usted, esto está vivo. O se han *figurao* ustedes que aquí *semos* lobos, que nos comemos la carne *crúa*.

**

—Hace ya algunos años, y después de una de las corridas de feria en Sevilla, osequiaron varios aficionados con un banquete á Lagartijo y Frascuelo. Se comió bien, se bebió mejor, y estando ya de sobremesa, uno de los comensales preguntó á Lagartijo quién le parecía el mejor matador de toros.

—*Ese*;—respondió en seguida Rafael, señalando á Frascuelo.

Hecha la misma pregunta á Salvador, correspondió á la galantería de su compañero, contestando que Rafael era el número uno.

Estrechado después Lagartijo para que dijera quién era el peor matador de toros, se enredó en un laberinto de palabras para no señalar á ninguno; pero Salvador, con su habitual desenfado, cortó las difusas lucubraciones de su colega, diciendo:

—Mira, no les des más *coba* á estos señores. Los mejores matadores de toros, somos tú y yo; y los peores, tu hermano y el mío.

**

—¡Muy mal, maestro!—le gritaban á Rafael en San Sebastián, desde una barrera, por lo pesado que estuvo en la muerte de su primer toro.

Lagartijo, dirigiéndose al que más se significaba en sus censuras, le dijo:

—*Mirusté*; el toro es un infundio, y los toreros *semos* como los canjilones de noria, que unas veces vamos *pa* abajo y otras *pa* arriba. Quién sabe si luego se va usted á morir de gusto viéndome matar el otro toro.

Rafael fué profeta, porque el segundo toro que á él le correspondía, lo mató admirablemente, y los mismos que antes le gritaban, le hicieron después una delirante ovación.

**

Y no queriendo abusar más de vuestra amabilidad, ni de la del paciente lector, hace aquí punto final vuestro afectísimo amigo y compañero,

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

12 MAYO 92.

Toros en Madrid

5.ª CORRIDA DE ABONO.—15 MAYO DE 1892

¡Pero qué bonachones somos y qué fáciles de contentar! A sabiendas, por supuesto; porque creer que aceptamos de buena fe las componendas y arreglos de *bastidores*, sería hacernos ya de condición demasiado accesible, y ganar justamente el nombre que voluntariamente se ha impuesto un servidor de ustedes: de *Cándido*.

La 4.ª corrida de abono, y por consecuencia los toros del Sr. Pablo Romero (*verdaderos toros*, repetimos, contra las insidiosas afirmaciones de bueyes que se les ha prodigado), dejaron muy mal parados á los lidiadores, aunque se diga lo contrario. Toda la semana se ha estado hablando del asunto, y se han dicho cosas que nuestra repugnancia á tomar en cuenta lamentables debilidades, nos veda manifestar.

Pero sea de ello lo que quiera, el caso es que se ha alterado el programa de ganaderías, y que para la corrida 5.ª de abono, vinieron seis bondadosos animales de Veragua, en compensación de los susodichos toros (*toros ¿eh?*) de la tarde anterior. Claro es, para la positiva revancha. Confieso que si yo hubiera sido empresario, y me hubiera sentido (que sí ¡ya lo creo!) con riñones; para la corrida de ayer vienen otros seis bichos, hermanos de los que tanto gusto dieron, y... arrostró todas las consecuencias. Que así hay que proceder, al término á que han llegado las cosas.

Pero como no todos piensan lo mismo, cambió el turno

y aceptamos á gusto las reses del Duque, porque al fin y á la postre ofrecen más facilidades que otras de su clase.

Del ganado de referencia, hay que decir lo que es de clavo pasado: que el aristócrata ganadero le presenta bonito y variado de pinta como ninguno; fino y metido en carnes como el primero, y bravo de primera intención, como el que más. Pero que á la quinta ó sexta vara se acabó la resistencia; con unos cuantos capotazos queda sin alientos, y que también, cuando el argumento lo requiere, puede acortarse convenientemente la ración de *añadas* puas. Ya lo dijo el poeta:

*Hoy como ayer, mañana como hoy
y siempre igual.*

no sé si con referencia al ganado del título de Castilla, pero presagiándolo sin duda.

La faena de los bichos fué la siguiente: tomaron con más ó menos bravura, pero todos con voluntad, 42 varas, dando en cambio 12 buenos coscorrones á los piqueros y pasaporte á ocho inermes cabalgaduras; inciertos ó quedados en banderillas, por consecuencia del efecto que les produce el castigo del primer tercio, y aplomados en su mayoría á la hora suprema; es decir, la que vienen haciendo de mucho tiempo atrás en la Plaza de Madrid, y creemos que igualmente en otras donde con frecuencia se lidian.

Pasando á la gente de coleta, y empezando por los picadores, no hay que señalar, como de costumbre, absolutamente nada que salga de los vulgarísimos límites en que está encerrada esta suerte, para oprobio del arte y disgusto de los aficionados.

El mismo camino sigue el segundo tercio, muerto completamente desde que Guerrita pasó á la categoría de matador, y faltó el estímulo que despertaba en los demás banderilleros. Ni un solo par propiamente bueno se colocó en la corrida de ayer, y como á falta de bueno debemos conformarnos con lo aceptable, sólo podemos indicar como tales, dos del Ostión, al primero de la tarde. Como la cosa estaba de buenas, parearon al sexto toro los maestros, entrando primero Jarana, que dejó medio de frente, parando mucho en la suerte. Siguió el Torerito, que quiso clavar al sesgo, poco marcado éste por cierto, siendo derribado á la salida, sin consecuencia, por fortuna, levantándose acalorado, y dejando otro medio con la consiguiente precipitación. Lagartijo, yéndose por el terreno de adentro, puso otro medio, repitiendo el Torerito con uno al cuarteo, bueno, y terminando Rafael I con medio aprovechando. Hubo, sin embargo, aplausos y música, y eso que, agregando los infinitos palos sueltos que dejaron los demás peones encima de los toros, puede decirse que la segunda parte resultó siempre á medias.

Y saltemos á la tercera.

Lagartijo (de verde y oro) encontró en el primero el elemento que deseaba para volver por su *honrilla*, y le toreó á pedir de boca. Hubo cambios muy bonitos; redondos por bajo, de gran efecto y demás adornos del caso, y entró confiado al volapie, dejando una estocada un poquito tendenciosa. Un descabello á la primera completó la faena que satisfizo á los amigos, y templó un tanto á los más exigentes, pero sin acabar de convencerles.

De menos lucimiento la del cuarto, porque la res no se prestaba á floreos, nos agradó más sin embargo: tuvo una parte buena en el trabajo del diestro por sujetarla, fuera de la querencia, aprovechando la ocasión y engendrando una estocada á volapie, corta y también con tendencias, que acabó con el veragüeno.

En la brega, Rafael dió un par de largas de las que se ven con gusto.

Torerito (de verde y oro), pasó al segundo intranquilo y precipitado, sin motivo, porque era perfectamente manejable. Por esta causa, el trabajo de muleta fué deficiente, y á ella obedeció también el desarme, teniendo en cambio la fortuna de agarrar un volapie superior, del que salió espantado.

Algo más para lo en el quinto, tampoco jugó el trapo con gran acierto, sucediéndole al herir lo mismo que en su anterior, y siendo buena la media estocada en las tablas con que le remató.

Fué el que más bregó en quites, estando oportuno en dos de ellos, y se arrodilló en uno delante de la fiera.

Jarana (de negro y oro) se embarulló algo con el trapo en el tercero; y en la única estocada á volapie, un tanto caída, entró con poca decisión, pero el estoque agarró los blandos y se deslizó sólo. Más vale así.

La faena del último fué pesada. No concluyó un solo pase, dejándole en ellos el viaje libre al enemigo, por prodigarlos mucho con la derecha y por bajo, vengan ó no al caso. Pinchó seis veces sin éxito, porque la colocación del toro no era oportuna unas veces y otras la de él, demostrando en su trabajo de ayer tarde, que hoy por hoy se acerca á los toros, pero le falta mucho que aprender. Este mal es el que domina y el que afecta á todos los matadores de reciente alternativa. En la brega también se adornó, dejando la montera en el testuz.

Del resto de la fiesta, la Presidencia acertada, la tarde hermosa, y la entrada muy buena en sombra y regular en sol.

A pesar, y sin embargo, la corrida tuvo sus puntitos de aburrida; pero si así les pareció y quieren desquitarse dentro del género, compren ustedes el libro *Los Novillos*, de mi distinguido amigo y compañero Pascual Millán, que ayer se puso á la venta, y quedarán resarcidos con exceso, pues allí todo es bueno; y tal vez no se pueda decir lo mismo de la fiesta de mañana, en que se correrán toros de D.ª Celsa Fontfreda, por las cuadrillas de Lagartijo, Espartero y Minuto.

D. CÁNDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.
Teléfono 133.